

periales veían ellos en gran peligro los feudos eclesiásticos, de ellos procedentes, que disfrutaban. El decreto pontificio fué tachado no sin razón de herético, por adoptarse en él la doctrina, hasta entonces rechazada por la Iglesia, de la pobreza apostólica. Entonces se produjo una escena indescriptible, promoviéndose acaloradas disputas: en vano procuró el papa defenderse de las censuras que de todos lados contra él se lanzaban: la Iglesia se alzaba en abierta rebelión contra su jefe y le negaba su obediencia. La exactitud de la predicación del rey y de sus negociadores quedaba demostrada: el tratado era irrealizable. ¿Qué iba á suceder? Los cardenales insistían para que el papa dejara que la excitación se fuera calmando y llevara á cabo la prometida coronación imperial. Era preciso tomar una pronta resolución, pues el día, corto por ser en febrero, iba declinando; pero los obispos no querían que se diese un paso más, sin que se destruyera aquel documento repugnante y sin que fuera revocado su herético contenido. Enrique V, como era natural, no quiso prestar el juramento prometido de renunciar á las investiduras, pues desde el momento en que el papa, á consecuencia de la rebelión de la Iglesia, no podía llenar sus deberes, se consideraba dispensado de cumplir el suyo, tuvo por nulas las promesas hechas y adoptó aparentemente de nuevo el punto de vista que en realidad nunca había abandonado, aprovechando aquella ocasión favorable para obligar al papa á que reconociera su derecho de investidura. Pascual II era verdaderamente un prisionero: él y los cardenales véronse custodiados en la tumba de San Pedro por caballeros alemanes y al cerrar la noche fué el papa conducido á un hospicio cercano, donde se le sujetó á rigurosa vigilancia, mientras la iglesia de San Pedro y sus alrededores fueron convertidos por los indignados alemanes en teatro de desorden y de violencias. Aquel día de horrores finalizó con derramamiento de sangre, pues al tener noticia de lo que en San Pedro había ocurrido, noticia que llevaron á la ciudad dos cardenales que lograron fugarse, el pueblo romano se indignó y en la madrugada del 13 de febrero invadió el puente que conducía á aquella iglesia. Los alemanes acudieron allí precipitadamente, poniéndose al frente de ellos Enrique en persona, el cual apenas tuvo tiempo para vestirse y montar á caballo. El rey se lanzó en medio de los agresores y fué herido, debiendo su salvación al auxilio que con abnegación suma le prestó el vizconde Oton de Milán. Cuando llegó al lugar de la lucha el grueso del ejército alemán, procedente del campamento, los romanos fueron rechazados y huyeron, perdiendo en lo precipitado de su fuga muchos hombres en el puente del Tíber.

La cuestión principal no quedó resuelta con la victoria conseguida sobre los romanos, pero Enrique estaba decidido á conseguir una resolución definitiva del papa, que se encontraba en su poder. Cuando en la noche del 15 al 16 de febrero trasladó su campamento á las puertas de Roma llevóse consigo como prisioneros á Pascual II y á diez y seis cardenales, á fin de que fuesen testigos del cerco que á Roma ponían las tropas alemanas para vencer por medio del incendio la resistencia de los romanos. La indignación de estos subió de punto, jurando todos perseverar en la lucha contra la soberanía extranjera. Así transcurrieron algunas semanas sin que ocurriese novedad alguna en esta situación tan tirante. Los alemanes y su rey no tenían prisa ninguna, al paso que cada día que se prolongaba este estado de cosas causaba nuevos perjuicios á la Iglesia y hacia insostenible la posición del papa frente del monarca y de los alemanes. Mas que las continuas imposiciones de Enrique impresionaba al papa la situación cada vez más desesperada en que se encontraba. Los normandos tenían ciertamente gran inte-

rés en que los alemanes no recobrasen de nuevo su poderío sobre la península, pero se veían imposibilitados de obrar á causa de la rebelión general de la Baja Italia. Matilde de Tuscia, desde que se había presentado Enrique, solo se ocupaba en evitar todo conflicto con él. ¿Qué es lo que impedía al monarca nombrar un antipapa? Este hubiera sido reconocido más que nunca entonces, hallándose la Iglesia en abierta rebelión contra su jefe, á quien llegaba á acusar de herejía. La energía de Pascual II sucumbió ante estas consideraciones, y para conseguir la paz y devolver su libertad á la Iglesia se decidió á conferir al rey el derecho de investir á los obispos que hubiesen sido nombrados libremente y sin simonía. Esto, sin embargo, no era suficiente: Enrique abusó sin compasión de aquella ocasión favorable, exigiendo del papa que se obligara á no vengarse de lo que había tenido que sufrir, es decir, á no excomulgar al rey, antes al contrario á coronarle emperador y proteger en todos los asuntos su soberanía. A cambio de esto ofreció poner al papa y á los cardenales en libertad y se obligó á prestar obediencia al pontífice, á reserva de los derechos del imperio,—fórmula elástica que hacia ilusoria la promesa,—protegerle en sus posesiones y conceder paz y gracia á los leales servidores de San Pedro. Este convenio fué jurado por ambas partes en 11 de abril y cumplimentado el día 13. Después de haber sido coronado emperador, regresó Enrique á Alemania.

La permanencia de Enrique V en Italia, durante nueve meses, dió por resultado una modificación completa en las relaciones entre el pontificado y el imperio. El suceso de Canosa había sido vengado de un modo terrible y el hijo de Enrique IV había hecho pagar muy caras al pontificado las humillaciones que á su padre habían hecho sufrir Gregorio VII y Urbano II. Enrique V reunía en sus manos un poder extraordinario: el pontificado se inclinaba ante él y le obedecía temblando; los ricos recursos de la Iglesia alemana, que la prohibición de las investiduras había arrebatado á la monarquía, estaban ya incondicionalmente á disposición del emperador; la nobleza alemana se agrupaba en torno del soberano triunfante que salvaba su situación, antes seriamente amenazada, y aseguraba para lo porvenir su conservación y aumento. Enrique V disponía del poder de que había gozado Oton I y del que habían conquistado los primeros salios. Entonces se vió claramente cuán poco serio era el antagonismo en que al principio había estado respecto de la política de su padre: esta política era la que entonces seguía, con la diferencia de que procedía contando con más recursos y guardando menos consideraciones. Enrique V tuvo su principal apoyo en los ministeriales y en las ciudades, especialmente en las de las comarcas del Rin, cuya libertad aseguró contra los ataques de los señores laicos y eclesiásticos y cuyo bienestar protegió por medio de distintas disposiciones favorables á su comercio. Cinco años pudo gobernar Enrique de esta suerte, sin obstáculo alguno, á pesar de que en los círculos que resultaban con tal política perjudicados se aumentó el descontento y se promovió una excitación que solo necesitaba un pretexto para estallar en toda su fuerza. Pronto se dejaron notar los indicios precursores del estallido, siendo también esta vez la Sajonia el país en que se inició el conflicto. El duque sajón Lotario empuñó las armas en 1112 á causa de algunas diferencias de escasa importancia; otros motivos atrajeron á la rebelión nuevos partidarios; y cuando en la primavera de 1112, al morir el conde de Weimar-Orlamunde, Enrique V se apropió el feudo de este, en vez de concedérselo al más próximo pariente del difunto, que era Sigifredo de Ballenstedt, conde palatino del Rin, este se dirigió lleno de cólera á Sajonia, y fué muy pronto el centro á cuyo alrededor se agruparon los descontentos y

el duque Lotario. La nobleza sajona y una parte del episcopado sajón volvieron á su antigua enemistad contra la casa sálica. La situación de esta veía además seriamente amenazada en las comarcas del Rin, donde el arzobispo Adalberto de Maguncia, en otro tiempo uno de los más leales partidarios y consejeros de Enrique, deseaba aumentar su poderío y sus bienes, y sus esfuerzos se habían visto hasta entonces coronados de tal manera por el éxito, que cada vez se mostró más audaz y más exigente enfrente del emperador. El antiguo favorito de este estaba entonces en alianza con todos sus adversarios y podía considerarse como el alma de la oposición que trataba de derribar á Enrique V, y que pronto había de tener un poderoso aliado en el partido jerárquico, que de nuevo se había apoderado de la dirección de la Iglesia. Adalberto negó públicamente en Worms (1112) su obediencia al emperador, con motivo de haberle este exigido la entrega de la importante ciudad de Marienburgo que el arzobispo ocupaba en el Palatinado. Enrique no se atrevió á castigar inmediatamente como se merecían las cínicas palabras del prelado. Sin embargo, cuando poco después se avistaron casualmente uno y otro para entablar negociaciones, y Adalberto, que viajaba con poco séquito, renovó su proposición, Enrique le mandó prender y se lo llevó consigo como prisionero. Un tribunal de príncipes reunido en Erfurt, después de oír las acusaciones que contra Adalberto formuló Enrique, condenó al príncipe de la Iglesia del imperio á ser encarcelado, y la sentencia fué ejecutada á pesar de la defensa y de las amonestaciones pontificias. Al propio tiempo, fueron perseguidos á sangre y fuego los rebeldes sajones, y la victoria conseguida en Warnstad por el general imperial, conde Hoyer de Mansfeld, costó la vida ó la libertad á los caudillos del levantamiento. Al ver el inesperado sesgo que tomaban las cosas, los que habían entrado en la sublevación sajona se apresuraron á someterse para conseguir la gracia del emperador. Adalberto de Maguncia se negó á pasar por las humillaciones que Enrique quiso imponerle y continuó, por lo mismo, siendo su prisionero de Estado; de suerte, que la paz no quedó asegurada y bien podía calificarse de engañadora la majestad de que se rodeó Enrique cuando, en febrero de 1114, celebró en Maguncia sus bodas con la joven Matilde, hija del rey de Inglaterra, rodeado de los magnates laicos y eclesiásticos del imperio, que se inclinaban ante él por miedo, y de los sumisos embajadores de los reinos vecinos. La fiesta que hubo en Maguncia no fué una fiesta de reconciliación, pues aun cuando Lotario de Sajonia pidió y obtuvo allí su perdón, la repentina y páfida prisión del landgrave Luis de Turingia, que no había permanecido ajeno al último levantamiento y que había acudido á Maguncia creyendo de buena fe en las intenciones conciliadoras de Enrique, demostró que el emperador creía tener todavía motivos para desconfiar y que estaba decidido á obtener toda clase de seguridades por los medios despóticos que le eran peculiares. Pronto se vió cuán fundados eran los temores de Enrique. En efecto, cuando se disponía á seguir con su ejército al duque de Sajonia, que por encargo suyo se dirigía contra los frisones, las tropas de Colonia, que formaban parte del ejército imperial, regresaron repentinamente á sus hogares y dieron con ello la señal de la sublevación que hacia mucho tiempo se venía preparando en la primera ciudad del imperio. Los colonenses tenían razón para estar disgustados de Enrique, pues no olvidaban lo que en 1106 les había hecho sufrir en castigo de la fidelidad guardada á Enrique IV, y sabían que la cólera de Enrique V no se había calmado y que solo esperaba una ocasión propicia para tomar más terrible venganza. No se trataba, sin embargo, entonces de un movimiento

puramente local, sino que la sublevación de Colonia vino á ser la chispa que prendió á los combustibles amontonados hacia años por el despotismo del emperador. En efecto, no solo empuñaron las armas los magnates sajones y westfalios sino que hizo causa común con los rebeldes el arzobispo Federico de Colonia, el cual convirtió su ciudad en baluarte del elevado partido eclesiástico, de que era jefe en el imperio. El emperador abandonó inmediatamente la expedición á Frisia y se dirigió apresuradamente á Colonia; pero la ciudad se resistió con fortuna, y mientras Enrique permanecía delante de sus murallas, toda la Sajonia y la Turingia se unieron á la sublevación, figurando al frente del movimiento el duque Lotario, á pesar de haber estado con el emperador en el cerco de Colonia. La lucha que entonces se iniciaba era una lucha por la libertad; era preciso derribar la tiranía que tan duramente pesaba sobre todos. El padre del emperador no se había visto nunca en presencia de un levantamiento tan general y tan enérgico como el que á la sazón tenía que combatir Enrique V. Este, con la salvaje energía que le era característica, lanzóse sobre los rebeldes, avanzó triunfante por la Westfalia hasta Sajonia, se apoderó de Brunswick, y se consideraba ya seguro de la victoria cuando todo se volvió en contra suya, después de la derrota que el duque Lotario hizo sufrir, en Welfesholz, á su general Hoyer de Mansfeld. Los adversarios eclesiásticos de Enrique, que hacia tiempo se preparaban para un nuevo ataque esperando una ocasión propicia, aprovecharon aquella para levantarse y reclamar la restitución de todo cuanto, en su anterior impotencia, habían tenido que ceder.

El tratado de 11 de abril de 1111 era, desde que se convino y se juró, de tan imposible realización como lo había sido el firmado, en el sentido opuesto, en 4 de febrero. Si antes se había acusado á Pascual II de hereje, entonces los partidarios celosos de la Iglesia le acusaban de alta traición contra los más sagrados derechos de esta; si antes se había rebelado contra Pascual la Iglesia alemana, á la sazón le negaba su obediencia la romana, que estaba dominada por los gregorianos. Los cardenales que no habían sufrido la prisión con el papa y que no habían jurado el funesto tratado de 11 de abril declararon que las concesiones hechas en nada obligaban á la Iglesia. En vano procuró Pascual calmar á los descontentos, pues si bien logró evitar que los que más cerca de él estaban apelaran á recursos extremos, no pudo impedir que el fanático clero del Sur de Francia procurara salvar á la Iglesia por su propia cuenta reuniendo sínodos que presidieron Joceram de Lyon y Guido de Vienne para condenar lo que contra la Iglesia había hecho Enrique V y las concesiones que había obtenido del papa, su prisionero. Casi no podía dudarse de que en igual sentido pensaba Pascual II y que su único deseo consistía en librarse de las cadenas con las cuales se había atado á sí mismo y había ligado á la Iglesia. Pero por encima de esto estaba su juramento, del cual no podía buenamente absolverse. Estaba dispuesto, á pesar de todo, á anular el derecho de las investiduras que en momentos críticos había tenido que conceder al emperador, siempre que pudiera hacerlo sin faltar abiertamente á lo jurado. Los sofismas de los romanos acudieron á su auxilio, pues desde el momento en que no existía entre ellos diferencia alguna respecto del objeto que se proponían, uniéronse los partidos, en marzo de 1112, en un sínodo celebrado en Letran, conviniendo en que el texto de las concesiones hechas no excluía la posibilidad de una revocación del privilegio y en que esta podía hacerse sin quebrantar el juramento pontificio. Pascual II se acogió con júbilo á esta fórmula y en su consecuencia aquel sínodo declaró, «en virtud de la inspiración del Espíritu Santo que por él hablaba,»

que el tratado que Enrique V había obligado a firmar al papa prisionero era nulo y de ningún valor. Pascual II, para dar una especie de garantía de que no volvería a incurrir en las pasadas faltas, manifestó expresa y solemnemente ante el sínodo su conformidad completa con los preceptos dictados por Gregorio VII y Urbano II contra las investiduras laicas. El efecto del paso dado, que no podían ver con buenos ojos los nobles y los eclesiásticos alemanes, no fue el que se había esperado. El episcopado alemán nada hizo: no podía sucederle cosa peor que la renovación arbitraria de una lucha que siempre había de ser funesta para él. Roma se vio muy perjudicada en su libertad de acción, pues toda la dirección estaba en manos de los borgoñones y de los francos meridionales: en el país de donde habían salido los cluniacenses encontrábase también los hombres belicosos que querían imponer al Estado y a la Iglesia, especialmente de Alemania, todas las consecuencias políticas y prácticas de las doctrinas de Clugny. Pero no eran simplemente religiosos los motivos que les impulsaban: movíanles también algunas razones terrenales, pues dadas las circunstancias especiales en que se encontraba la Borgoña, la desaparición de la investidura real debía producir como consecuencia necesaria, además de la independencia de los metropolitanos respecto de la monarquía, el que los sufragáneos cayeran en poder de estos y vieran a ser sus súbditos aun bajo el punto de vista político. Los fanáticos se apoderaban de la dirección de la Iglesia y obligaban a la curia a seguir el camino que ellos le señalaban con sus actos de odio apasionado. El jefe de esta tendencia, el arzobispo Guido,—a quien bajo el punto de vista disciplinario podía acusarse por haberse rebelado contra el papa,—lanzó en el sínodo de Vienne, con palabras de inaudita dureza, la excomunión contra el emperador, por haber este, cual nuevo Judas Iscariote, obligado al papa, por medio de traiciones, perjurios y profanaciones de templos, a aceptar aquel maldito documento sin valor alguno; añadiendo que Enrique no podría ser nuevamente admitido en la comunión de la Iglesia hasta que hubiera renunciado al derecho de las investiduras y dado a la Iglesia una satisfacción completa. De esta suerte se llevó a cabo lo que el papa no se había atrevido a hacer por no quebrantar su juramento, pero Pascual II aprobó estas medidas, por más que lo hizo con palabras vagas y ambiguas.

Si Enrique hubiera podido entonces proceder libremente y no se hubiese visto obligado a sofocar una nueva rebelión de los sajones, de seguro que habría podido asestar un nuevo y rudo golpe al partido jerárquico, vengándose en Roma y en Italia de lo que en Vienne se había hecho. Los asuntos, sin embargo, le retenían en Alemania y hubo por lo mismo de consentir en que la conducta de sus adversarios produjera sus efectos. Estos no fueron importantes mientras Enrique triunfó sobre los rebeldes alemanes: en la fiesta de boda celebrada en Maguncia, en enero de 1114, nadie hizo caso de la excomunión que pesaba sobre el emperador: esta arma eclesiástica parecía enmohecida por el abuso que de ella se había hecho. Pero otra cosa fue cuando la situación de Enrique se encontró quebrantada por la derrota que sus tropas sufrieron en Welfesholz. Renovada entonces la excomunión, comenzó a iniciarse la deserción en las filas del emperador, y Enrique V, del propio modo que su padre, vio como, a pesar de la diferencia de motivos que les impulsaban y de los fines que perseguían, sus adversarios eclesiásticos y sus enemigos políticos se unían para proceder a una acción común. Únicamente le permanecieron fieles Conrado de Hohenstaufen, Federico, duque de Suabia, y Welfo III de Baviera, mientras de un extremo a otro del imperio se oía el estrépito de la guerra civil. Enrique, sin embargo, esperaba que podría combatir a

sus adversarios con éxito mientras subsistiera en Italia el estado de cosas que en su expedición allí había establecido. En 27 de julio de 1115 falleció «la gran condesa» que dejó en su testamento a la Iglesia el rico patrimonio de su familia, y entonces se produjo un cambio funesto. En efecto, desde el momento en que los ricos dominios del marqués de Tuscia pasaban a ser propiedad de la Santa Sede, esta alcanzaba un poder temporal que ofrecía sólido apoyo a todas las reformas eclesiásticas y se ponía en condiciones de emprender bajo los más favorables auspicios la lucha con el imperio dentro de la esfera puramente política y con armas exclusivamente terrenales. La soberanía de Italia, que cuatro años antes había restablecido con tanto éxito Enrique, estaba seriamente amenazada; así es que por muy comprometida que fuera su situación en Alemania, consideró del caso dirigirse precipitadamente a Italia y hacer alto en ella, mientras dejaba confiada al leal Staufen su representación al Norte de los Alpes.

El éxito justificó esta política atrevida: gracias a la liberalidad con que prodigó toda clase de derechos y de libertades, consiguió que se le unieran los florecientes municipios de las ciudades lombardas: el tirano contra el cual tanto se había clamado convertíase en el venerado protector de las libertades civiles y del gobierno republicano autónomo, a quien miraban con agradecimiento siempre todas las clases medias de Lombardía y cuyas pragmáticas fueron después defendidas en larga y heroica lucha contra las usurpaciones de su sucesor. El emperador se atrajo también a las ciudades marítimas, tales como Pisa y Venecia, y a él se unió asimismo la más influyente aristocracia de Italia. El modo como Enrique se presentó en Italia fue tan hábil, diplomático y simpático como despótica y violenta había sido su manera de proceder en Alemania. Por eso sin gran trabajo logró conservar en poder del imperio la rica herencia de Matilde y dar con ella un nuevo apoyo a la dominación alemana en la península. Estos triunfos del emperador no dejaron, naturalmente, de producir impresión en la curia romana; pero el papa se vio imposibilitado de contestar al plenipotenciario de Enrique, encargado de proponerle un arreglo, por impedirsele la amenazadora actitud de los fanáticos, en frente de los cuales su situación se veía cada día más insegura y amenazada. En el sínodo que durante la cuaresma de 1116 se celebró en Roma, ocurrieron también escenas tumultuosas, y Pascual II, en extremo apurado, no tuvo más remedio que calificar de injusticia el privilegio de investidura que violentamente le había sido arrancado, tener por error grave la autorización del mismo privilegio y confirmar, además, la excomunión lanzada por Guido de Vienne contra el emperador. Esto, al paso que produjo gran pena a los que sustentaban ideas moderadas, los cuales querían evitar las medidas extremas, causó no pequeño disgusto a los radicales, que hubieran preferido ver al papa renovar por sí mismo ante el sínodo reunido la excomunión que sobre Enrique pesaba. Pascual II no era dueño de sus decisiones y hubo de buscar entre los partidos que con pasión se combatían un camino que seguir, camino que no podía satisfacer a nadie ni conducir a un resultado positivo. Sus apuros iban en aumento: el nombramiento arbitrario que hicieron los romanos de un prefecto de la ciudad, para ocupar la vacante que había dejado la muerte del que tal puesto había ocupado, dió origen a un conflicto entre ellos y el papa, a consecuencia del cual este se vio obligado a huir de la ciudad y a refugiarse en Albano. Auxiliado por sus partidarios, los barones de la Campania, procuró volver a Roma, pero no pudo conseguir su objeto y hubo de fijar su residencia en Transtevere, en el castillo de San Pablo. Por entonces, hizo el emperador una nueva tentativa de arreglo, y llegóse, por lo menos, a una

aproximación, pues el papa protestó de sus intenciones pacíficas y declaró expresamente que no existía alianza alguna entre él y los enemigos de Enrique en Alemania, particularmente Federico de Colonia. A pesar de esto subsistieron las diferencias de principios y así terminó el año 1116 sin que se hubiera dado un paso hacia adelante.

Enrique intentó resolver el asunto en la misma Roma, pero el papa huyó hacia Benevento y los cardenales que se habían quedado se negaron a hacer concesión alguna. En cambio Burdino, arzobispo de Braga (Portugal), oriundo del Sur de Francia, célebre por su erudición, muy influyente hasta entonces en el consejo del papa, y que había tomado parte muy principal en las últimas tentativas de arreglo que inútilmente se habían hecho, se manifestó dispuesto, si el monarca se presentaba en San Pedro durante la fiesta de Pascua, como era costumbre en tal día, a ceñirle la corona imperial. Cuanto menos unido a la Iglesia estaba Enrique, tanto más cordial fue la acogida que le dispensó la población de la ciudad, la cual gozosa le acompañó hasta el Capitolio. Así las cosas, eran inútiles todas las negociaciones que se entablaron con la curia: Pascual insistía en pedir la renuncia de las investiduras, que Enrique solicitaba como derecho propio; en cuanto a la petición del rey de que el pontífice le levantara la excomunión, Pascual manifestó que esto solo podía hacerlo un sínodo. Los esfuerzos del papa para conseguir que los normandos se levantaran contra el emperador fueron inútiles; a pesar de esto, Enrique, ante la proximidad de la estación calurosa, que ya dejaba sentirse, y en vista de los peligros que llevaba consigo para su ejército, renunció a seguir adelante en las ventajas momentáneamente conseguidas y emprendió la retirada hacia Toscana. Entonces renovó Pascual sus ataques contra Roma, pero pronto hubo de suspenderlos por lo avanzado de la estación, tanto más cuanto que su debilidad hacía temer un fin próximo de su vida. Nuevos progresos hechos por sus partidarios, que hacían esperar la rendición de la ciudad rebelde, fueron causa de que a fines de año saliera de Anagni y se dirigiera a Roma; pero antes de que se hubiera obtenido un éxito decisivo, falleció en 21 de enero de 1118.

La vacante ocurrida en la Santa Sede en aquel momento abría anchos horizontes a ambos partidos y les indujo a redoblar sus esfuerzos: de esta suerte sobre la tumba de Pascual II estalló la lucha con mayor apasionamiento, pues así los irreconciliables fanáticos eclesiásticos como los partidarios del emperador creyeron que poniendo en el solio pontificio una persona de su confianza podrían asegurar para lo porvenir una decisión favorable. Los fanáticos, a cuyos ojos Pascual II se había hecho reo de herejía, tenían sobre sus adversarios la ventaja de la unidad de dirección; así es que fue elegido papa, con el nombre de Gelasio II, el obispo cardenal Juan de Gaeta, contra el cual se rebelaron los poderosos Frangipani y su partido, maltratándole y deteniéndole durante algún tiempo prisionero. Enrique V acudió también allí precipitadamente, llegando a principios de marzo a las puertas de Roma, de cuya ciudad huyó el pontífice retirándose a la que hasta entonces había sido su diócesis. El emperador procuró nuevamente entrar en tratos, y se mostró dispuesto a consentir en que fuera consagrado el nuevo elegido, a condición de que prometiera bajo juramento establecer una pacífica inteligencia entre la Iglesia y el imperio. Gelasio no pudo hacer tal promesa, pues con ella su situación se habría hecho insostenible en frente de los fanáticos: lo único a que podía obligarse era a someter la cuestión a un sínodo que convocaría en Milan ó en Cremona, y a cuya reunión no opusiera el emperador obstáculo alguno. Enrique V no quiso consentir en esto. El papa

dió también a los romanos nuevo motivo de descontento con el hecho de buscar fuera de los muros de Roma la manera de resolver la suerte de la Iglesia. Enrique, entonces, se resolvió a apelar a los recursos extremos é hizo que en 8 de marzo fuera elegido antipapa, con el nombre de Gregorio VIII, el arzobispo Burdino de Braga, que de mediano adicto al emperador se había convertido en partidario acérrimo de la política imperialista. Esta elección enardeció la lucha más y más, pues Gelasio, que hasta entonces había observado una actitud prudente y moderada, dejó a un lado las consideraciones, lanzando la excomunión contra el emperador y contra su antipapa y demostrando contra ambos una agitada actividad que se tradujo en cartas y embajadas. El papa, sin embargo, carecía de poder para llevar a la práctica sus palabras y hacer que se convirtieran en hechos. Ciertamente los normandos intentaron dar un ataque contra Roma, pero la agresión fracasó apenas iniciada, y aun cuando Gelasio pudo entrar en la ciudad eterna y se agruparon a su alrededor algunos que hasta entonces habían sido enemigos suyos, la insolencia creciente de los partidarios del antipapa le expuso a tales peligros y humillaciones, que creyó no poder permanecer por más tiempo en la ciudad sin exponerse a graves riesgos. Por esto, en setiembre de 1118, se embarcó en dirección a Pisa y Génova, desde donde se dirigió a Francia por Provenza, siendo allí recibido con grandes honores y creciente entusiasmo. Gelasio dió algunos pasos más sobre los datos anteriormente para suscitar entre Francia y Alemania un antagonismo religioso que podía degenerar en político. Pocos meses pudo, sin embargo, gozar de esta hospitalidad de Francia que tantas ventajas le prometía, pues en 18 de enero de 1119 falleció en Clugny, a donde había llegado gravemente enfermo después del sínodo celebrado en Vienne. Los pocos cardenales allí presentes eligieron papa al belicoso Guido de Vienne (2 de febrero de 1119), que fue, ocho días después, consagrado en esta ciudad con el nombre de Calixto II. A pesar de la patente irregularidad de su elección, los círculos del partido eclesiástico fanático no solo le reconocieron como pontífice sino que le saludaron poseídos de grandes esperanzas, pues creían que había de seguir una política más enérgica que la seguida por el bondadoso Gelasio, en el fondo tan amante de la paz. Casi parecía que las luchas de los últimos años habían sugerido la idea de que el celo monástico no bastaba para constituir por sí solo un papa, sino que en aquellos difíciles tiempos era preciso tener miras más amplias y desembarazadas de las que suelen adquirirse en las prácticas piadosas de las celdas de un convento. El nuevo papa no solo era un sacerdote secular, sino que además descendía de familia de príncipes, pues procedía de los últimos reyes de Italia, y estaba emparentado con las familias reales de Francia y de Inglaterra, y aun con el emperador por parte de la abuela de este, Inés de Poitou. ¿No era de esperar que un hombre tal poseería más que otro inteligencia para dirigir los vitales intereses del Estado que estaban en juego en la lucha de las investiduras? ¿No era de suponer que se presentaría al emperador y a los príncipes de la época como un igual suyo, al paso que los papas monjes, desconocedores de las cosas del mundo, estarían en cierto modo cohibidos al entrar en relaciones con ellos? Calixto II se manifestó de antemano dispuesto a entrar en negociaciones, sin ceder por esto en lo más pequeño en los derechos de la Iglesia.

El nuevo pontificado, rompiendo la tradición de sus antecesores, comenzó con un movimiento de paz, que fue acogido con júbilo por el emperador y por el imperio. Enrique V, a su regreso de Italia en el otoño de 1118, había encontrado el reino en plena guerra civil, debida, en parte,